

V 2959

MÉXICO INSURGENTE

JOHN REED

Biblioteca Ferroviaria



MM06184

MÉXICO INSURGENTE

JOHN REED

Ilustrado por
ALBERTO GAMÓN

Traducido por
ÍÑIGO JÁUREGUI

Capitán Swing 

Nørdicalibros

Título original:

Insurgent Mexico (1914)

© **De las ilustraciones:**

Alberto Gamón

© **De la traducción:**

Íñigo Jáuregui

© **De esta edición:**

Capitán Swing Libros S. L.

www.capitanswing.com

Nórdica Libros S.L.

www.nordicalibros.com

Primera edición en Capitán Swing y Nórdica Libros: octubre de 2020

© **Diseño gráfico:**

Filo Estudio - www.filoestudio.com

Maquetación:

Victoria Parra

Corrección ortotipográfica:

Victoria Parra y Ana Patrón

ISBN: 978-84-18067-08-2

Depósito Legal: M-24573-2020

Código IBIC: BT

Código Thema: DNX

Impreso en España / *Printed in Spain*

Gráficas Gracel

Alcobendas (Madrid)

Queda prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

ÍNDICE

Una confesión preliminar	15
En la frontera	17

PRIMERA PARTE. LA GUERRA DEL DESIERTO..... 25

1. La región de Urbina	27
2. El león de Durango en su casa	33
3. El general marcha a la guerra	39
4. La tropa en marcha	45
5. Noches blancas en La Zarca	57
6. ¿Quién vive?	63
7. Una avanzadilla de la Revolución	71
8. Los cinco mosqueteros	77
9. La última noche	85
10. La llegada de los colorados	93
11. La huida del mister	99
12. Elizabetta	111

SEGUNDA PARTE. FRANCISCO VILLA..... 121

1. Villa acepta una medalla	123
2. El ascenso de un bandido	127
3. Un peón en política	131
4. El lado humano	139
5. El funeral de Abraham González	143
6. Villa y Carranza	147
7. Las reglas de la guerra	149
8. El sueño de Pancho Villa	155

ÍNDICE

Una confesión preliminar	15
En la frontera	17

PRIMERA PARTE. LA GUERRA DEL DESIERTO..... 25

1. La región de Urbina	27
2. El león de Durango en su casa	33
3. El general marcha a la guerra	39
4. La tropa en marcha	45
5. Noches blancas en La Zarca	57
6. ¿Quién vive?	63
7. Una avanzadilla de la Revolución	71
8. Los cinco mosqueteros	77
9. La última noche	85
10. La llegada de los colorados	93
11. La huida del mister	99
12. Elizabetta	111

SEGUNDA PARTE. FRANCISCO VILLA.....121

1. Villa acepta una medalla	123
2. El ascenso de un bandido	127
3. Un peón en política	131
4. El lado humano	139
5. El funeral de Abraham González	143
6. Villa y Carranza	147
7. Las reglas de la guerra	149
8. El sueño de Pancho Villa	155

TERCERA PARTE. JIMÉNEZ Y LA PARTE OCCIDENTAL 157

1. El hotel de doña Luisa	159
2. Duelo de madrugada	165
3. Salvado por un reloj	171
4. Símbolos de México	175

CUARTA PARTE. UN PUEBLO EN ARMAS 183

1. ¡A Torreón!	185
2. El ejército en Yermo	191
3. La primera sangre	197
4. En el vagón de artillería	201
5. A las puertas de Gómez Palacio	209
6. Los compañeros vuelven a aparecer	213
7. Un amanecer sangriento	217
8. Aparece la artillería	225
9. La batalla	229
10. Entre ataques	237
11. Una avanzada en acción	245
12. El ataque de los hombres de Contreras	251
13. Un ataque nocturno	257
14. La caída de Gómez Palacio	263

QUINTA PARTE. CARRANZA, UNA IMPRESIÓN 269

SEXTA PARTE. LAS NOCHES MEXICANAS 283

1. El Cosmopolita	285
2. Valle Alegre	291
3. Los pastores	305

*Al profesor Charles Townsend Copeland,
de la Universidad de Harvard*

UNA CONFESIÓN PRELIMINAR

Querido Copey:

Recuerdo que te extrañaba que mi primer viaje al extranjero no me animara a escribir lo que allí veía. Pero luego he visitado un país que me incitó a expresarlo en palabras y, al escribir estas impresiones de México, no pude evitar pensar que nunca habría visto lo que vi si tú no me hubieras enseñado.

Solo puedo sumarme a lo que tantos escritores te han dicho ya: que escucharte es aprender a ver la belleza escondida del mundo visible y que ser amigo tuyo equivale a intentar ser honesto intelectualmente.

Así pues, te dedico este libro sabiendo que tomarás como tuyas las partes que te gusten y me disculparás por el resto.

Tu viejo amigo,

JACK

Nueva York, 3 de julio de 1914



RIO GRANDE

RIO BRAVO

EN LA FRONTERA

Abandonada Chihuahua, el ejército federal de Mercado permaneció tres meses en Ojinaga, a orillas del río Bravo, tras su espectacular y terrible retirada a través de seiscientos cincuenta kilómetros de desierto.

En Presidio, en el lado estadounidense del río, se podía trepar al tejado de barro alisado de la oficina de correos. Desde allí, tras un kilómetro y medio de bajos matorrales que crecían en la arena, se divisaba el río poco profundo y amarillento y, más allá, la pequeña meseta donde se encontraba el pueblo, claramente recortado en un desierto abrasador, rodeado de montañas peladas e inhóspitas.

Se podían ver las casas de adobe de Ojinaga, cuadradas y grises, y algunas cúpulas orientales de viejas iglesias españolas. Era una tierra tan desolada y desprovista de árboles que uno esperaba ver minaretes. Durante el día, los soldados federales vestidos con andrajosos uniformes blancos pululaban por allí cavando trincheras sin orden ni concierto, pues se rumoreaba que Villa y sus victoriosos constitucionalistas venían de camino. El sol producía súbitos destellos al reflejarse en los fusiles y espesas nubes de humo se elevaban en línea recta hacia el cielo.

Al atardecer, cuando el sol caía como la llamarada de un alto horno, pasaban patrullas a caballo en dirección a las avanzadillas nocturnas, perfilándose claramente sobre el horizonte. Al caer la noche ardían misteriosas hogueras en el pueblo.

Había tres mil quinientos hombres en Ojinaga. Eso era todo lo que quedaba del ejército de diez mil hombres comandado por Mercado y de

los cinco mil que Pascual Orozco había llevado al norte como refuerzo desde Ciudad de México. De esos tres mil quinientos, cuarenta y cinco eran comandantes, veintiuno coroneles y once generales.

Yo quería entrevistar al general Mercado, pero como un periódico había publicado algo que había molestado al general Salazar, este había prohibido la presencia de reporteros en la ciudad. Envié una respetuosa petición al general Mercado, pero la nota fue interceptada por el general Orozco, que la devolvió con la siguiente respuesta:

Estimado señor:

Si pone los pies en Ojinaga, le llevaré contra un muro y con mi propia mano tendré el gusto de coserle la espalda a balazos.

A pesar de todo aquello, vadeé el río y me dirigí al pueblo. Por suerte no me encontré con el general Orozco. Nadie pareció oponerse a que yo entrara. Todos los centinelas que vi estaban durmiendo la siesta a la sombra de los muros de adobe. Enseguida me topé con un amable oficial llamado Hernández, a quien le expliqué mi intención de ver al general Mercado.

Sin preguntarme quién era yo, frunció el ceño, cruzó los brazos y me soltó:

—¡Soy el jefe del Estado Mayor del general Orozco y no voy a llevarle hasta el general Mercado!

No dije nada. Pasados unos minutos, me explicó lo siguiente:

—¡El general Orozco odia al general Mercado! No se digna a ir al cuartel del general Mercado, y el general Mercado no se atreve a ir al cuartel del general Orozco. Es un cobarde. Huyó de Tierra Blanca y luego escapó de Chihuahua.

—¿Qué otros generales no le gustan? —pregunté.

Se contuvo y, tras echarme una mirada enojada, sonrió irónicamente:

—¿Quién sabe?

Finalmente vi al general Mercado, un hombre rechoncho, de baja estatura, preocupado e indeciso, que, quejoso y fanfarrón, me contó una larga historia acerca de cómo el ejército de Estados Unidos había cruzado el río y ayudado a Villa a ganar la batalla de Tierra Blanca.

Las blancas y polvorientas calles del pueblo, donde se amontonaban el polvo y el forraje, la vieja iglesia sin ventanas, con sus tres enormes campanas españolas que colgaban de un madero exterior y una nube de incienso azul que salía de la negra puerta, donde las mujeres acampadas que seguían al ejército rezaban día y noche por la victoria. Todo aquello yacía bajo el sol sofocante y abrasador. Cinco veces se había perdido y tomado Ojinaga. Apenas quedaban casas con tejados, y los muros estaban perforados por balas de cañón. En estos cuartos desnudos y arrasados vivían los soldados, junto con sus mujeres, caballos, pollos y cerdos, capturados en incursiones por los alrededores. Había rifles amontonados en las esquinas y sacos de arena apilados sobre el polvo. Los soldados iban vestidos con harapos y casi ninguno llevaba el uniforme completo. Acucillados en torno a pequeñas hogueras delante de sus puertas, hervían mazorcas de maíz y carne seca. Estaban casi muertos de hambre.

Por la calle mayor pasaba una procesión ininterrumpida de gente enferma, agotada o famélica, a quien el miedo a la cercanía de los rebeldes empujaba a salir de sus casas y emprender un viaje de ocho días por el desierto más terrible del mundo. Un centenar de soldados federales los paraba en la calle para robarles lo que se les antojara. Luego cruzaban el río, y en el lado estadounidense tenían que sufrir el calvario de las aduanas norteamericanas, los agentes de inmigración y de la patrulla militar fronteriza, que los registraban en busca de armas.

Centenares de refugiados atravesaban el río, algunos a caballo al frente del ganado, otros en carros o a pie. Los agentes no eran muy amables.

—¡Bájese del carro! —gritó uno a una mujer mexicana con un fardo en los brazos.

—Pero, señor, ¿por qué...? —balbució ella.

—¡Que se baje o la bajo! —gritó él.

Cacheaban de forma innecesariamente brutal y meticulosa a los hombres, y también a las mujeres.

Estando yo allí, una mujer vadeó el río con la falda despreocupadamente levantada hasta los muslos. Vestía un mantón voluminoso y abultado por delante, como si llevara algo.